



CAPÍTULO UNO

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Miquel Ramos

1

España ha sido considerada durante muchos años una excepción en el contexto europeo, debido a la ausencia de un partido marcadamente ultraderechista que lograra buenos resultados en las elecciones o tuviera cierta presencia institucional, tal y como venía sucediendo en Europa desde hacía años. Sin embargo, este hecho no responde a la ausencia de un público objetivo afín a estas ideas ni a la inexistencia de partidos u organizaciones que las representasen.

La particularidad del caso español se debe, principalmente, a la importancia que tiene todavía la reconfiguración democrática que se lleva a cabo tras la muerte del dictador Francisco Franco en 1975, y cómo los diferentes actores se sitúan en el marco político del nuevo sistema. Nacida de la Constitución de 1978, todavía bajo la sombra del franquismo y la tutela de sus tecnócratas, la joven democracia española no pudo construirse ajena al hecho de no haber juzgado ni sancionado la dictadura, antes bien, ha sido casi considerada como una cesión por parte de quienes gobernaron España junto a Franco durante cuarenta años. Así, tanto la ley de amnistía de 1978, que dejaba impunes los crímenes del régimen, la no depuración de los elementos represivos y cómplices, así como la continuación de prácticamente todo el aparato burocrático franquista permitieron que en el Estado permaneciera cierta estructura vinculada al franquismo.

La extrema derecha, sin embargo, nunca desapareció. Tras la pérdida del único diputado que había conseguido en 1979, Fuerza Nueva (FN), un partido de extrema derecha heredero del franquismo, precipitó su disolución tras las elecciones de 1982.

Así, la derecha española, reconvertida y reivindicada como demócrata, reconfiguró todo su espacio político para abarcar desde el centroderecha

hasta la extrema derecha, principalmente bajo las siglas de Alianza Popular (AP) primero y, posteriormente, del Partido Popular (PP), fundado en 1989 por **Manuel Fraga Iribarne**, exministro de la dictadura franquista.

El PP se concibió como un partido *catch all*, en el que convivían prácticamente todas las familias de las derechas y extremas derechas españolas. El papel hegemónico del PP en la derecha española se ha reflejado no solo en la inexistencia de éxitos destacables de los partidos ultraderechistas españoles, sino en las propias encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), que reflejaban cómo **hasta el 90% de las personas que se consideran de extrema derecha votaban al PP**.

A la derecha del PP existieron desde siempre otros partidos de extrema derecha: nostálgicos de la dictadura franquista y falangistas, por una parte, y otros similares a las nuevas extremas derechas que llevaban años instaladas en Europa, que llegarían a España a partir de la segunda mitad de los años 90, como Democracia Nacional (DN), España2000, Frente Nacional, Alianza Nacional y otros partidos y plataformas que irían cambiando de nombre o reconfigurándose tras sus sucesivos fracasos.

Además, surgirían otros partidos populistas de derechas, marcadamente personalistas y alrededor de personajes muy mediáticos, con capital suficiente para desarrollar un proyecto a su medida. Es el caso de la Agrupación Ruíz-Mateos, partido creado en 1989 en torno a la figura del empresario que le daba nombre, tras la expropiación de su *holding* de empresas, Rumasa, por parte del Estado. Este partido logró dos eurodiputados en las



Manuel Fraga Iribarne en fecha indeterminada. Posiblemente en una campaña electoral durante la transición española. © SERGIO CALLEJA.

Plataforma per Catalunya (PxC) fue el partido de extrema derecha que tuvo el mayor éxito con un discurso antiinmigración en 2011

elecciones de 1989, tras conseguir 609.170 votos. Una experiencia similar fue la del Grupo Independiente Liberal (GIL), del exalcalde de Marbella y empresario Jesús Gil, creado en 1991. Finalmente, otro ejemplo es la fracasada Unión Centrista-Centro Democrático Social (CDS), del exbanquero procesado Mario Conde, creada en 1999. Estas tres experiencias representarían a la derecha protestataria, como las denomina el historiador Xavier Casals, que trataron de disputar el voto al PP, pero sin articular un programa que se pueda situar en el entorno de las extremas derechas convencionales y homologables al resto de Europa.

Plataforma per Catalunya (PxC) fue el partido de extrema derecha que tuvo el mayor éxito con un discurso antiinmigración, islamófobo y de prioridad nacional en las elecciones municipales en Cataluña el año 2011. Esta formación, liderada por el exmiembro de Fuerza Nueva Josep Anglada, obtuvo sesenta y siete concejales en diferentes municipios catalanes. Ese mismo año, el partido España2000 también conseguiría cuatro concejales en diferentes municipios del País Valenciano.

El PP fue siempre muy prudente a la hora de traspasar ciertas líneas rojas que lo acercaran a las extremas derechas europeas. Tan solo en contadas ocasiones, ciertos líderes del PP explotaban los temas habituales de la extrema derecha europea como la inmigración, la islamofobia o la romafobia. Es el caso de Xavier García Albiol, alcalde de Badalona, o Javier Maroto, alcalde de Vitoria. Ambos protagonizaron discursos contra la inmigración que fueron duramente criticados y aun denunciados ante los tribunales. Incluso **el Consejo de Europa los puso como ejemplo** de políticos xenófobos en el Estado español. Sin embargo, la mayor parte del PP mantuvo siempre cierta prudencia a la hora de hacer uso de este tipo de mensajes.

Es más, las manifestaciones del alcalde del PP de Badalona coincidieron con la irrupción de PxC en el panorama político catalán. También el candidato del partido de derechas nacionalista catalán *Convergència i Unió* traspasaría esta línea roja con un cartel durante la campaña de ese mismo año, 2011, que decía «**A Catalunya no hi cap tothom**» (en Cataluña no cabe todo el mundo).

La irrupción de PxC explica en gran medida este tanteo inédito de las derechas españolas y catalanas representadas por PP y CiU con los discursos antiinmigración. Hasta entonces, estos estaban circunscritos exclusivamente al ámbito de la extrema derecha. Este mismo viraje de la derecha hacia los discursos de la extrema derecha en materia de migraciones, incluso con tintes islamófobos y xenófobos, volvería a aparecer con la irrupción de Vox, sobre todo a partir de 2018.

Según el eurodiputado y autor de varios trabajos sobre extrema derecha, Miguel Urbán, «en los territorios donde tiene una competencia por el espacio político conservador o, más bien, donde el PP aparece como el partido minoritario de dicho espacio, gira hacia postulados más homologables a los de la extrema derecha europea». Urbán contextualizaba la irrupción en España del discurso de extrema derecha más actual en su libro *La emergencia de Vox* (2019), en el que explica la experiencia de Cataluña:

La deriva lepenista, que parecía una opción meramente instrumental para conquistar y gobernar la compleja ciudad de Badalona, se convirtió en la nueva opción estratégica del PP en toda Cataluña. Durante el penúltimo congreso del PP catalán, García Albiol consiguió que la ponencia en política social estableciera la reducción de ayudas a los inmigrantes y señaló: «Nuestra capacidad de acogida no es ilimitada. O aceptan nuestros valores o que se vuelvan por donde han venido». De este modo, la inmigración y la seguridad ciudadana ganaron

centralidad en el mensaje de este partido, que aspiraba de este modo a dirigirse a un electorado transversal y con una fuerte presencia de sectores populares. Con este fin, otros líderes del PP pusieron en práctica ese discurso, especialmente Sonia Esplugas en L'Hospitalet de Llobregat (la segunda urbe catalana en número de habitantes) y otras figuras del PP catalán, como Alberto Fernández Díaz, candidato en la ciudad de Barcelona, que alertó sobre la eventual creación de «guetos islámicos».

Sin embargo, más allá de los partidos, siempre ha existido en España un poso de extrema derecha subterráneo, a veces más visible y a veces menos, que ha tenido su propia vida bajo discretas organizaciones políticas, sociales y religiosas. Estas tendrían un papel clave en la reconfiguración del espectro de derechas, pero, sobre todo, para movilizar a grandes masas que protagonizarían o amplificarían campañas contra políticas progresistas.